Ana Martínez

Naves de Mnemósine

Texto de Javier Sánchez Martínez

Nuestra manera de estar en el mundo es inseparable de las cosas que nos rodean. Podríamos decir incluso que nuestra relación con ellas define quiénes somos. A veces podemos elegir las cosas de las que nos rodeamos, otras, sin embargo, nos llegan manera inexorable. Como cuando tiene lugar una pérdida. Las cosas que nos llegan de este modo nos recuerdan de manera dolorosa un mundo que no existe, pero que, no obstante, sobrevive en ellas. Cada cosa es, de este modo, una suerte de cristal de tiempo que conserva un fragmento de un mundo singular y compartido. *Naves de Mnemósine*, el último proyecto de Ana Martínez, tiene su origen en una necesidad de reconciliación con una multitud de objetos familiares heredados, en la voluntad de preservar su memoria, pero también de proyectarla en el futuro.

Las cosas heredadas están necesariamente impregnadas de la gravedad del duelo. Con el fin de hacer más liviana esta carga, así como de transformarla en un valor propio, hace tiempo que Ana Martínez comenzó a darse al juego y la libre asociación con ellas. Poco a poco, las cosas comenzaron a ordenarse siguiendo diferentes tipos de lógicas como, por ejemplo, la lógica personal derivada de la propia biografía, que asocia los elementos en función del recuerdo; la artística derivada del trabajo en el estudio, que establece relaciones a partir de la plasticidad y la potencia de la imaginación, o la lógica propia de los materiales como su tamaño o su resistencia. El resultado de este juego fue una serie de ensamblajes precarios y equilibrios imposibles, de montajes que parecen estar siempre a punto de deshacerse. Esta fragilidad de los ensamblajes refleja su propia condición, se trata de montajes de vínculos afectivos e historias personales, es decir, de una imagen de la memoria individual encarnada en una trama concreta de tiempos y espacios. Sin embargo, lo que se manifiesta de una memoria que no permanece anclada en el pasado, sino que da forma al presente y apunta hacia un tiempo por venir. De ahí que los montajes no formen altares, o al menos no solo, sino naves espaciales.

En el transcurso de los meses, los montajes que van apareciendo en el estudio comienzan a filtrarse a través de un estilo de dibujo próximo a las convenciones del realismo de las enciclopedias modernas, es decir, de una técnica que intenta, al mismo tiempo, comprender y apropiarse del objeto en su totalidad. De este modo, el propio lenguaje de las obras incluidas en esta exposición habla también de ese juego de tiempos que se entrecruzan, de ese pasado que vuelve para, desde el ahora, dirigirse a lo desconocido. Los dibujos describen minuciosamente las formas y texturas de los ensamblajes, pero lo hacen sin virtuosismo; se trata, más bien, de registrar las cosas hasta el último detalle, es decir de crear un archivo. Este caso, un archivo del futuro o para el futuro.

En los dibujos los montajes de cosas se transforman en naves espaciales o se abren al infinito del espacio exterior. En una de las series, los ensamblajes se llenan de antenas, paneles y otros instrumentos propios de la exploración espacial, dibujados a la manera de ilustraciones científicas. En estas obras, las cosas abandonan su cotidianidad y aparecen como suspendidas en el espacio. Esta serie de piezas está acompañada por un conjunto de siluetas de naves recortadas en papel sobre un fondo cósmico de estrellas y nebulosas. Si en los dibujos las naves eran puestas en órbita, en los collages ya están de viaje por el universo, o incluso, son o contienen el propio cosmos.

La memoria se manifiesta a lo largo de la historia como recuerdo, mediante el vínculo con la historia personal, pero también como arte y técnica, como instrumento o prótesis para preservar información. En *Naves de Mnemósine* Ana Martínez entrelaza ambas concepciones y, de este modo, las lleva más lejos. En esta exposición, las cosas heredadas, cargadas de recuerdos personales, se convierten en máquinas cuyo objetivo es, no solo traer de vuelta el pasado, sino explorar lo desconocido. De este modo, las historias que almacenan y que ahora habitan en un nuevo mundo, en el presente renvado de la artista, viajan a través del tiempo a un futuro todavía por venir. Lo que demuestra *Naves de Mnemósine* es que la memoria no pertenece únicamente al pasado sino que, a través de la mediación del arte, se encamina siempre hacia el futuro.